

Gustavo Barajas Gómez
Plantel Ignacio Manuel Altamirano
Magdalena Contreras

“El deber de la Filosofía consiste en eliminar la ilusión producida por un malentendido, aunque ello supusiera la pérdida de preciados y queridos errores, sean cuantos sean.” (K. AXIII)

- ¡Deja de decir tonterías! –me dijo mi madre cuando le platicué lo que el profesor de Física nos había explicado sobre la visibilidad de los objetos. Mi madre no podía creer que nosotros vemos los objetos por la luz que ellos no *absorben* y que los colores que identificamos en ellos depende de la cantidad y el tipo de luz que *rechazan*.
- Así que el color que identificamos en los objetos –le dije– no es necesariamente el color que verdaderamente tienen los objetos, sino que es un fenómeno, como un tipo de ilusión o espejismo, que depende tanto de la intensidad de la luz, como de su trayectoria y ángulo de incidencia con la que entran a la tierra.
- ¿A poco no te has dado cuenta que en cierta época del año los objetos aparecen con un color más brillante o que en el atardecer los objetos se tornan opacos?
- No puedo creer que para eso te mande a la escuela –me interrumpió mi madre– Ahora resulta que ya las cosas no tienen un color propio. Y entonces, ¿por qué todos vemos el mismo color en un objeto determinado? Por ejemplo esta blusa, yo la veo roja y también mi comadre aunque esté medio ciega; y no me digas que tú la ves de diferente color, o que en el mes de mayo es naranja y en agosto verde.

Le di la última cucharada a mi sopa, suspiré y le contesté:

- Los cambios de color de los objetos no llegan a ser tan extremosos, porque las variantes que influyen en la percepción del color son mínimas; por lo que los cambios se dan en términos de tonalidad.
- O sea –me dijo sirviéndome papas con chorizo– que no cambia de color sino nada más de tono.
- Así es Má –le contesté–. Eso demuestra que no tienen un color determinado, pues aunque sea de manera mínima, cambia de acuerdo con la luz que las alumbra.
- Y ¿Por qué mi comadre y yo vemos el mismo color? –me dice, trayéndome una tortilla.
- Pues porque tú, al igual que mi madrina y todos, tenemos las mismas características en nuestro órgano visual.

- Y ahora ¿De qué me estás hablando? ¿Quieres más tortillas o no?
 - Dos tortillas más Má. ¿Cómo que de qué hablo? ¿Tú crees que todos los animales ven de la misma forma los objetos?
 - Pues sí –me contesta sin pensarlo.
 - Pues no, le digo.
 - ¿Y tú cómo sabes?
 - Pues porque se han estudiado las características de los órganos sensoriales de los animales y se ha descubierto, por ejemplo, que los gatos pueden distinguir con más nitidez ciertos colores que el ojo humano no puede ni siquiera captar, o que los perros pueden identificar ciertos olores que nosotros no percibimos.
 - Ah, por eso también dicen que los perros ven sólo en blanco y negro –me dice ya más convencida–.
 - Así es Má, ¿me sirves más papas? Por eso tanto tú, como mi madrina y como cualquier otro humano, ven el mismo tipo de color en los objetos, a menos que tenga una deformación o disfunción en sus órganos sensoriales, como los daltónicos.
 - Pero entonces –me dice, mientras me trae otra vez mi plato– no sabemos de qué color son realmente los objetos.
 - Y no sólo no sabemos de qué color son los objetos Má, sino que no sabemos realmente lo que son las cosas en sí mismas.
 - ¡Ándale! ¿Y por qué? –me preguntó con los ojos bien abiertos.
 - Pues según un filósofo alemán, llamado **Emmanuel Kant**, a partir de que se da cuenta de que todo lo que el hombre puede conocer de la realidad lo sabe a partir de la información que le envían los sentidos; y como la información que captan los sentidos depende de las características propias de los órganos sensoriales; entonces, sólo conocemos de los objetos lo que nuestros sentidos pueden percibir.
- La capacidad (receptividad) de recibir representaciones, al ser afectados por los objetos, se llama sensibilidad. Los objetos nos vienen, pues, dados mediante la sensibilidad y ella es la única que nos suministra intuiciones. (...) Pero, en definitiva, todo pensar tiene que hacer referencia, directa o indirectamente, mediante ciertas características, a intuiciones y, por consiguiente, entre los humanos, a la sensibilidad, ya que ningún objeto se nos puede dar de otra forma. (KrVA19/B 33)*
- ¡Ah!, –me dijo muy aliviada– pero entonces, sí sabemos al menos *algo*.

- Sí, pero eso que llegamos a conocer está determinado por nuestra sensibilidad y la manera en que nosotros ordenamos esa información; por lo que lo percibido de los objetos es, en sí, una *representación*.
- ¿Cómo una representación?
- Se le dice *representación* porque para Kant el objeto que el hombre logra conformar en la conciencia es una *imagen* del objeto, pero no es el objeto mismo. Y eso lo notamos, por ejemplo, cuando dejamos de ver por mucho tiempo a una persona y al verla de nuevo, aunque logremos reconocerla, decimos que ha cambiado.
- Pues sigo sin entender –me dice– ¿Vas a querer pan de postre?
- Sí, con un cafecito.
- ¿Qué café ni qué nada? Te voy a dar leche; luego andas con insomnio.
- Tráeme entonces una concha para sopearla Má.
- Aquí tienes –me dice, dándome la concha y sentándose.
- Entonces, que digamos que alguien o algo ha cambiado nos muestra dos cosas Má: la primera, que aquella *imagen* que nos hacemos de “*algo*” al percibirlo, permanece igual a través del tiempo; la *imagen* no cambia conforme va cambiando el objeto mismo. Lo cual nos demuestra que aquello que uno piensa no está sujeto al devenir, es decir, al paso del tiempo. Y segundo, que gracias a la permanencia e inmutabilidad de nuestras imágenes mentales podemos identificar los objetos que ya hemos percibido, aunque éstos presenten cambios constantes.
- O sea que por un lado es bueno y por otro malo.
- No Má, no es ni bueno ni malo, simplemente así es.
- ¡Ah!, pues algo bueno debe haber. Alguna ventaja debemos tener. Dios no hace las cosas nomás porque sí.
- Otra vez metiendo a Dios, Má.
- Pues si tú metes a tus filósofos, pues yo meto al mío –me dice, muy orgullosa haciéndome una pequeña mueca de burla.
- El punto es que las *representaciones* son una elaboración de la conciencia y está determinada tanto por la sensibilidad como por la manera en que la razón ordena los datos de las intuiciones. Y ciertamente, la ventaja de ello es que si no fuera así no podría el hombre desarrollar la ciencia.

Cuando Galileo hizo bajar por el plano inclinado unas bolas de un peso elegido por él mismo, o cuando Torricelli hizo que el aire sostuviera un peso

que él, de antemano, había supuesto equivalente al de un determinado volumen de agua, o cuando, más tarde, Stahl transformó metales en cal y ésta de nuevo en metal, a base de quitarles algo y devolvérselos, entonces los investigadores de la naturaleza comprendieron súbitamente algo. Entendieron que la razón sólo reconoce lo que ella misma produce según su bosquejo, que la razón tiene que anticiparse con los principios de sus juicios de acuerdo con leyes constantes y que tiene que obligar a la naturaleza a responder sus preguntas (...). (KrVBXIII)

- Santo Dios –dijo mi madre con los ojos desorbitados. Y fue inmediatamente a apagar la hornilla de la leche que se derramaba. Encolerizada, quitando rápidamente la olla de la estufa para limpiarla antes de que se pegara la leche, farfulla entre dientes – pero si ya decía yo, que andar preocupándose de estas tonterías no más lo hacían a uno distraído.
- Cállese Má –le dije, mientras remojaba por segunda vez la concha en mi leche tratando de no dejarla flotando en el vaso.

Ya restablecida del susto y secándose las manos en su mandil continuó diciendo.

- Pero sí las cosas son cómo dices, en pocas palabras, que todo lo que vemos y sabemos de todas las cosas no es más que una *imagen* que nos formamos nosotros mismos a partir de lo que percibimos, poco o mucho, bien o mal, de las cosas, sin que esto signifique que sean así realmente.
- Exacto Má– le dije muy entusiasmado.
- Entonces, nunca sabremos lo que son las cosas *realmente* -me contesta con ojos de tristeza.
- Claro que sabemos qué son las cosas realmente –le dije muy orgulloso. Y con una pequeña mueca de burla, al igual que ella lo había hecho, le contesté: sabemos de cierto que las cosas son un “*algo*” que existe, y que si no existieran no seríamos afectados por ellas.

De hecho, nuestro entendimiento refiere todas las representaciones a algún objeto. Como los fenómenos no son más que representaciones, el entendimiento los refiere a un algo como objeto de la intuición sensible. (KrVA250)

- Y de qué me sirve saber eso si no se nada más –me contesta muy indignada.
- ¿Quieres más? –le dije exasperado– Bástenos saber que nuestras representaciones y toda clase de sensaciones que siente la conciencia no son todas mera ilusión y que corresponden a *algo* existente y que sea como sea realmente, forma parte del mundo; de un mundo que existe. O sea, lo que percibo forzosamente es una *afección* del cuerpo provocado por un objeto (*entidad*), que en su carácter de existente, podemos representárnoslo bajo determinaciones tanto espaciales como temporales.

- Ya no entendí –dijo mi madre con un gesto de “ya me estoy desesperando”.

La razón de que no nos baste el sustrato de la sensibilidad y de que añadamos a los fenómenos unos noumenos que sólo el entendimiento puede pensar, se basa en lo siguiente. La sensibilidad, y su campo –el de los fenómenos–, se hallan, a su vez, limitados por el entendimiento, de modo que no se refieren a las cosas en sí mismas, sino sólo al modo según el cual, debido a nuestra constitución subjetiva, las cosas se nos manifiestan. (...) Consiguientemente, si no queremos permanecer en un círculo constante, la palabra fenómeno hará referencia a algo cuya representación inmediata es sensible, pero que en sí mismo (prescindiendo incluso de la naturaleza de nuestra sensibilidad, base de la forma de nuestra intuición) tiene que ser algo, es decir, un objeto independiente de la sensibilidad. (KrVA251)

- ¡Ay Má! Pues que si la conciencia tiene percepciones es porque ahí hay algo que está provocándolas. Pero como lo percibido dependen de las características propias de la sensibilidad humana, entonces lo que sabemos de ella depende de *cómo lo vemos* y no de *cómo es*, por lo cual, ese *algo*, que me provoca sensaciones, queda siempre inaccesible a la conciencia, y por eso es incognoscible.
- ¿Y eso es malo? –dijo mi madre con ojos de espanto.
- No, simplemente es el límite que la razón misma se pone en su búsqueda del conocimiento. Es, por así decir, casi como la idea de Dios para la moral...
- No digas herejías –me interrumpió bruscamente mientras acomodaba los platos en el trastero.
- Sí, ese *algo* llamado por Kant, **nóumeno**, es un concepto que regula de alguna manera las intenciones metafísicas de la razón, mostrando que cuando intentamos conocer por la vía *trascendental*, es decir, más allá de los alcances de nuestra sensibilidad sin la ayuda de ningún dato sensorial de la experiencia, ciertamente caeremos en ilusiones y bellos delirios metafísicos cual si fueran cuentos de hadas.
- Ahora sí ya te quedaste loco. Pues bendito conocimiento –dijo mi madre con ironía– Aquél que me enseña que hay *algo* que no puedo conocer. Ya vete a dormir –terminó murmurando con ternura.

Me fui a dormir, pero me mantuve despierto un buen rato. Escuchaba ese murmullo nocturno indescriptible que hace que la noche entre por la ventana revestida de un silencio opaco. Ese casi imperceptible zumbido que identificamos como la voz de la noche me arrulló mientras que se iban apagando en mi mente las últimas palabras de mi madre: “Bendito conocimiento ese que me enseña que hay algo que no se puede conocer”. –Sí claro, –me dije a mí mismo mientras me hundía cada vez más en el sueño– los límites de la razón.

El concepto noúmeno se desprende de lo dicho, pero no se trata ni de un concepto positivo ni de un conocimiento determinado de una cosa, sino que significa simplemente el pensamiento de algo en general, pensamiento en el que se hace abstracción de toda forma de la intuición sensible. (KrVA252)

Así, pues, el concepto de noúmeno no es más que un concepto límite destinado a poner coto a las pretensiones de la sensibilidad. No posee, por tanto, más que una aplicación negativa. Aun así, aun teniendo en cuenta que el noúmeno no puede establecer nada positivo fuera del dominio de la sensibilidad, no se trata de una ficción arbitraria, sino que se halla ligado a la limitación de la misma. (KrVB311)